

AGRICULTURA.

Abonos de las tierras.

Apesar de la ignorancia de los tiempos, de los caprichos de la moda, de los adelantos en el saber humano, y de otras mil causas que han influido en los diferentes métodos de cultivo; lo cierto es que el uso de los abonos de todas clases para el mejoramiento de las tierras, viene desde la mas remota antigüedad, siendo tan antiguo como la misma agricultura. Por consiguiente, no se crea que al tratar nosotros de este asunto, pensamos ser los primeros; nada de eso: estamos bien persuadidos que plumas mas hábiles que la nuestra lo han hecho ya; y solo nos mueve á escribir sobre el mismo tema, el deseo de inculcar en la mente de nuestros labradores, la utilidad del uso de los diferentes abonos con que puede enriquecer sus campos; la necesidad de aprender á conocerlos; á aprovecharse de los que gratuitamente les da la naturaleza, y á crear con su industria otros nuevos.

Con el auxilio de los abonos se obtiene de la tierra mayor cantidad de productos vegetales, de me-

yor calidad y de mas valor que los producidos en un suelo descuidado ó inculto. Es demasiado cierto y sabido este principio para que nos detengamos á glosarlo; pues basta mirar los que se sacan de un terreno bien cultivado y bien abonado para compararlos despues con los que rinde el que carece de abonos y convencerse.

Estos pueden dividirse en dos clases para mayor claridad, con los nombres de naturales y artificiales, ó simples y compuestos. Los primeros, son los que produce el calor, el aire, la lluvia, las nieves, los hielos y todos los demas meteoros: y los segundos consisten en la mezcla de las diferentes especies de tierra entre sí, y con materias inorgánicas que causan un cambio notable en la constitucion física de un terreno. Debe tenerse presente que los abonos suministrados á una tierra, no dispensa del uso de los estiércoles animales ó vegetales, y que sin ellos es imposible que jamas vea el labrador coronados sus afanes, y cubiertos sus campos de ricas y abundantes cosechas.

Para que los abonos simples ó naturales ejerzan sus funciones, beneficiando un terreno, es preciso emplear al mismo tiempo los abonos naturales. El aire, la lluvia, las heladas, las nieves, &c. le depositarán sus principios fertilizantes, tantas veces cuantas labores reciba; y esta es la causa por que se dan mejores cosechas en un campo que ha sufrido repetidas labores, que

otro donde se hayan escaseado.

El aire considerado bajo la forma de vapores y exalaciones que el calor del sol estraja de la superficie y del seno de la tierra, se deposita en ella convertido en las diferentes formas de meteoros que hemos nombrado; se descompone para servir de alimento á los vegetales, y envuelto en las labores, contribuye tambien á la preparacion de muchos abonos que las raices chupan.

El agua en cualquiera forma que se mire, es un abono preciso para poner la tierra en aquel estado de suavidad y tempero conveniente, en que puede recibir las labores y las semillas, jerminal estas y reducir á líquidos las materias nutritivas contenidas en los estiércoles y demas abonos, á cuyas espensas nacen, crecen y fructifican las plantas. Los análisis químicos nos enseñan que los vegetales tienen la virtud de descomponer el agua y apropiarse una parte para su nutrimento, siendo este agente tan poderoso, tan activo y tan necesario, que sin él no puede haber vegetacion, y en cierto modo basta solo él, para la vejatacion mas completa de algunas plantas.

El agua en estado de hielo obra mecánicamente en el interior de la tierra para beneficiarla; pues se introduce por las moléculas de que consta, y las estiende, condensándose, á causa de ocupar mayor espacio, el cual hace levantar cada parte, é insensiblemente toda la super-

ficie. Vuélvase la vista á un campo labrado antes del invierno, lleno de terrones y plantas, y se verá como se deshacen y convierten en polvo en el momento en que el hielo ejerza su influjo sobre él; con lo cual se consigue una labor muy profunda, el esterminio de las malas yerbas, y quedar la tierra desmenuzada, hueca y en estado de que la penetren los demas meteoros. Una helada un poco fuerte, equivale á una labor, aun hablando de las tierras sembradas; pues suministra á las plantas los medios de que sus raices penetren mas profundamente.

El rocío, la escarcha y las nieves, obran tambien mecánicamente como vemos que lo hacen el agua y el hielo, es decir, poniendo la tierra en un estado á propósito para que se introduzcan los rayos del sol, divida y separe sus moléculas, acelerando, auxiliados del calor con la fermentacion pútrida de los cuerpos orgánicos, la disolucion de las sales, la atenuacion de las sustancias crasas, y por último la conuinacion y recomposicion de nuevas sustancias, sin las cuales no habria vejatacion.

Para que esta exista, es preciso tambien el auxilio é influjo del calor por ser un abono que obra reduciendo los sueos de los vegetales á vapores, para que de este modo se introduzcan por sus raices. El calor convierte á la savia en un fluido que recorre todas sus partes, y equilibra ó disminuye la hu-

medad que sin su influjo haria que todos fuesen acuosos y sin consistencia; las partes sólidas no podrian formarse, y los frutos perderian su sabor, olor y color, dejando de conservarse ademas.

El uso de las labores ó entrecabas que deben considerarse como abonos, facilitan la entrada al calor en el seno de la tierra que estimula el movimiento de la savia y la conduce á ocupar en el vegetal sus respectivos sitios. Funde los abonos líquidos, descompone y liquida los sólidos, apropia las sustancias alimenticias y las reduce al grado posible de pequeñez y divisibilidad conveniente.

Hemos visto aunque muy ligeramente como obran los meteoros en la tierra, y sentimos no poder pasar el estrecho círculo de un artículo, á fin de poder dar un conocimiento mas estenso y completo de los elementos y partes de que constan, de sus virtudes, propiedades &c.; mas sin embargo no dudamos que con lo dicho será bastante para que el estudioso labrador conozca la necesidad de fijar su atencion en una materia para la mayor parte desconocida y de pura teoria, y que bien estudiada suministra conocimientos interesantes para el adelanto y perfeccion en el cultivo. Pasemos pues á esplicar ahora el número de abonos compuestos ó artificiales con que puede contar y beneficiar sus campos en union con los primeros.

A esta clase pertenecen las cose-

chas enterradas en verde. Es ya bien sabido por repetidas experiencias que las plantas en estado de yerba, apenas han chupado nada de la tierra, y sí que han vivido á espensas de la atmósfera hasta el momento de la fructificacion, en que empiezan á hacerla trabajar, sacando de ella mas alimento que del aire atmosférico. De consiguiente, las plantas cortadas y enterradas en verde, en el acto de querer florificar, proporcionarán á la tierra un abono de los mas considerables, restituyéndola lo que la chuparon, con mas, todo lo que tomaron de la atmósfera. En los paises extranjeros donde el estiércol escasea, emplean este abono en su lugar, y los resultados les han enseñado, que desempeña completamente sus veces; por lo cual no tenemos inconveniente de aconsejar á nuestros labradóres, que hagan sus ensayos, y empleen las cosechas enterradas en verde como abono, siempre que carezcan de estiércoles.

Otro abono todavia mas considerable si se quiere que el anterior, y que en cierto modo no es desconocido de nuestros agrícolas, es el de poner capas de barro, cieno ó tierra sacada de las limpiezas de las acequias, rirgos y canales, sobre un terreno pobre y miserable, en que antes abundaban las piedras, la arena ó el cascajo. Con estas capas de una, dos varas, ó lo que se quiera, se logra hacer desaparecer el mal terreno; y con otras de

un palmo ó media vara, se consigne mezclar ó conbinar con la tierra del suelo primitivo, otras de diferentes clases. Columela antiguo y muy sabio labrador, abonava sus campos poniendo arcilla en los lugares arenosos, y arena en los arcillosos ó fuertes; consiguiendo con solos estos abonos, pingües cosechas de todas clases. Por lo cual, si la arena domina, la arcilla deberá ser la que el labrador busque para mezclar con ella y evitar que el calor sea demasiado y dañe á la producción: si la arcilla abunda en exceso, deberá mezclarla con la sílice ó arena á fin de evitar los funestos efectos de la excesiva humedad, procurando la debida proposicion en las mezclas, de la cual depende la fertilidad de un terreno. Las limpiezas de las acequias, canales &c. se componen jeneralmente de las sustancias de muchas tierras y de la descomposicion de los vegetales y animales.

Los estrangeros suelen emplear este abono en lugar del estiércol, cubriendo sus campos con capas delgadas de dicho buro ó cieno, cada dos ó tres años, para que haciendo el oficio de los estiércoles, comunique la sustancia que llevan, á las cosechas que forman sus alternativas.

Se emplean tambien como abonos las barraduras de las calles y caminos, las cuales lo son, aunque de poca duracion; pues solo constan de arena, desperdicios vegetales y animales.

El quemar las tierras, es un abono muy bueno si sabe emplearse y bastante usado en algunas provincias en que se hallan convenientes de sus ventajosos resultados. La costumbre de algunos de pegar fuego á los rastrojos, yerbas, arbustos &c. sin enterrar ó al aire libre, creemos no ser conveniente; pues en lugar de hacer un bien, se desvirtua la tierra con la llama que la calcina y arrebatada sus jugos nutritivos, perdiendose ademas el humo y las cenizas, que desaparecen con el viento, las cuales tienen la virtud de corregir la tenacidad de un terreno y enriquecerlo por medio de los restos de las raizes, semillas y yerbas quemadas. El humo debe guardarse, empleando para ello, los formigueros donde se quemarán todas las materias que se destinan á este fin, y donde quedarán depositadas las muchas sales ó principios fertilizantes de que se compone.

Los restos de los granos y frutas de que se ha sacado aceyte, entran tambien en la clase de abonos artificiales, y su actividad los hace mirar con mucho aprecio en algunos países. En el nuestro no se emplean mas que para el fuego. Su actividad, no se crea que proviene de aceyte que apenas les queda; sino del humo ya disuelto que contienen y que al momento puede entrar en las plantas á servir de alimento.

El hollin y las cenizas, son dos abonos muy fuertes y de mucha sustancia, por lo cual encargamos que

se empleen siempre en pequeña cantidad, esparciéndolos al vuelo, para de este modo evitar el que caigan en mayor cantidad y abrasen las plantas, pues obran del mismo modo que la cal, es decir; suministrando á la tierra principios útiles, atrayendo de la atmosfera los gases y disolviendo el humus ó mantillo.

Las sales, el yeso y el esccremento en polvo, son abonos que producen unos resultados imposible de concebir, no viéndose; atribuyendo su virtud generalmente, á un efecto estimulante, semejante á los del calor y la luz. Sin la virtud estimulante que producen estos abonos, la vegetación sería muy pobre é imperfecta, por cuya razón podemos considerarlos como estimulantes artificiales ó compuestos, de que el agricultor puede echar mano, en defecto de los simples ó naturales.

La nivelación de un terreno, es uno de los principales abonos que pueden darse á un campo, y la experiencia diaria nos ha enseñado ser precisa, para que los demás abonos produzcan los buenos efectos que de ellos se debe esperar. Cualquiera verá al regar un terreno desigual, como una parte de él se embalsa y otra se queda sin tomar el agua necesaria, pareciendo en esta las plantas por falta de humedad y en aquella por sobra. Esta materia es para nuestro entender, de las más interesantes de todas las prácticas agrarias, y sentimos en el alma que siendo de tanta trascendencia para el porvenir del la-

brador, se mire por ellos en general, con indiferencia, y que por nuestros escritores no sea recomendada y elogiada, cual nosotros creemos que debería serlo.

Finalmente: los estiércoles se consideran también como abonos artificiales ó compuestos, y entre estos y los simples ó naturales, pueden ocupar el primer lugar por sus pronto y ventajosos resultados. Tanto esto como el habernos extendido más de lo que pensábamos, nos obliga á concluir por hoy ofreciendo á nuestros lectores el tratar de los estiércoles en otro artículo por separado.

J. G.

COSTUMBRES.

Las fiestas de pueblo.

I.

Era el día de san Pascual Bailón y precisamente tenía que pasar la noche en el miserable pueblo de N. donde me llamaban negocios urgentes del servicio nacional.

Sin que lo jure podrán creer mis lectores que yo hubiera querido de mejor gana quedarme en

Zaragoza para bromear á algunas esquivas señoritas y para bailar el britano con otras mas amables y seductoras. Pero no hallé remedio y hube de conformarme.

Mi alojamiento estaba en casa del Sr. Vicario, y su amable casera procuraba consolarme con aquella gracia seductora que les es característica. -- Sosiéguese V. señor, sosiéguese V. que aun se ha de divertir mas que en Zaragoza con la comedia que han de echar que se llama el *robador* y otras cosas. Señora que comedia es esa dije yo incorporándome de repente, porque yo no creo que esté ni en el teatro antiguo ni moderno, nacional, ni extranjero á no ser que la haya hecho alguno de este pueblo que no seria extraño, porque en una época en que todos hacen comedias... -- Ca, no señor si está ya impresa con letras de imprenta, calle, calle pues si es tan bonita, y en Zaragoza dice que la hacen tantas veces y salen allí unas monjas y una gitana y muchos soldados y cantan la jota y una Leonor se quiere casar, y no se casa porque se muere antes; pobrecita... -- Ah! ese es el *robador* -- Pues eso -- Señora si dice V. el *robador* -- Que le hace poco mas ó menos -- Es verdad, pero qué es ese ruido tan grande que se oye por la calle? -- Ca salga V. salga V. si es que estan toreando al señor alcalde -- Pues que es toro? -- No señor, si es casado. -- Pero señora y por eso lo torea? -- No señor si es costumbre de torearlo todos los años

y el pasado torearon á un soltero. -- Pues digo me rio de la costumbre -- Es para divertirnos: mire V. entre los dos alcaldes tienen que hacer toda la fiesta de hoy y sortean, y el uno hace de toro y el otro paga los gastos. -- Pues mas vale pagar los gastos. -- No lo crea V. el que hace el toro le ponen uno de cartón y su muger tiene el derecho de ponerle los cuernos, y si no está casado su querida -- Pues ese derecho quisieran tener algunas mugeres de mi pueblo -- Por eso aqui no lo cede ninguna, yo tambien se los pongo á mi querido. -- ¿Qué tambien hace de toro? Un año le tocó. Venga V. corriendo y oirá V. el pregon, y salí corriendo á la calle y estaba toda llena de gente y en medio de todos un alcalde vestido de toro y un hombre que con vinosa y profunda voz despues de dar algunos golpes en un viegísimo á tambor dijo el siguiente pregon.

De orden del tio Bonifacio el cajo albalde de este pueblo á todos los vecinos se avisa, que el toro que se ha de correr esta tarde no es el toro del señor alcalde, sino el señor alcalde vestido de toro, y por tanto manda que no se pique con lanzones sino con cañas en honra y gloria del patron de este pueblo. Tambien se duran cuatro cuartos para vino al que se haya encontrado el burro del señor regidor que se ha perdido esta tarde.

Bien, bien gritó la multitud, y luego apareció el bueno del alcalde con mas cuernos que los que

lleva la misma luna en persona, y principió el pueblo á correr y á gritar, y á saltar, y el alcalde á acometer á este y al otro, y á esta muchacha y á la de mas allá, y aquello principió á animarse de tal modo que casi casi olvidé las seductoras miradas de mi adorado tormento.

Bien, bien gritaron todos á la vez al ver lo bien que acometia el alcalde á un picador: nadie diria sino que habia sido toro toda su vida, decia uno á mi lado.—Ha visto V. hombre, no lo haria mejor aunque hubiera estado en la universidad.— Es que en la universidad no se enseña á ser toro, buen hombre.— Ya, ya lo sé, pero es para explicarme....— Cuantos años lleva el alcalde de casado, decia otro forastero por un lado.— Apenas uno.— Pues esos cuernos, decia otro mas allá: lo menos son de dos años.

—Hombre bien, feliz embesitada.— Chica, se le han caido los cuernos al alcalde.— No lo creas, se los ha puesto la alcaldesa muy bien: yo estaba delante, yaya, no faltaria mas, perderia para siempre el derecho de poner cuernos á su marido.— No, no, mira ya se ha levantado, cual corre, cual embiste, qué furioso; chica, chica, á Dios Juanillas.— Juanillas, Juanillas, repite la multitud, lo ha cogido el toro, lo ha cogido el toro.— Pero se le han caido los cuernos al alcalde, porque ha pegado contra la esquina al coger á Juanillas.

— La alcaldesa tiene la culpa dijo una soltera, no sabe ni aun poner cuernos; si yo fuera casada.... digo — Pues que no pase un año ya no se casará.— Por qué, pregunté yo al momento.— Porque es Juanillo su querido, y por todo un año tiene que llevar la bandera en las procesiones, y no se puede casar.— Pero ¿quién lo manda?— Es costumbre en el pueblo.

En esto principian á oirse por toda la plaza muchas voces confundidas. Si, si, si, que lo traigan, que lo traigan, que lo traigan, el santo, el santo, el santo.

Señores por Dios, decia uno que parecia el cura, eso es profanar el templo del Señor profanar la presencia de su santo mas predilecto; no puede ser. Que lo traigan, que lo traigan, que lo traigan. Pero qué es ese ruido pregunté á uno que habia á mi lado, qué quieren? — Es que quieren traer el santo á la plaza para que vea el baile, y que oiga los dichos, señor.— Y el cura no quiere? — Dice que es profanacion, mire V. qué cosas tiene el señor vicario, le parece á V. si se debe divertir tambien el santo despues de todo el año que está encerrado? Ya lo sacan, ya lo sacan, mire V. que contentico sale el santo, cómo se rie.

En efecto, sacaron al buen santo entre cuatro labriegos; y lo pasearon y pasearon por las calles tirándole tiros con mohosas escopetas, y despues de un largo rato lo dejaron en la calle y se dispu-

sieron todos á bailar.

La gaita tañía con tanta gracia jotas y fandangos y rigodones que las chicas se bailaban sobre los pies y principió allí un *jaleo* que era cosa de chupárselos dedos. Los dichos, los dichos dijo una voz despues de mucho rato de baile y todos siguieron los dichos, los dichos, y salieron unos cuantos hombres á la plaza y acercándose el primero de ellos á donde estaba el santo le hizo una genuflexion firmando un casi círculo y poniendo despues los dos brazos lo mas estendido posible y despues acercando la mano detras de la oreja y rascándose la cabeza á cinco dedos miro al santo y al pueblo: y dijo que naide me apunte.

Glorioso pascual tu que
juiste pastor de tus crabras
bendice las de este pueblo
para que tenga otras tantas.

Tan la ran la ro, la ri la ri la ran
principió la gaita y llovieron una
nube de aplausos: otro, otro y salió
otro á la palestra.

Glorioso pascual bailon
tu que me estas escuchando
haz que me quiera la tuerta
para tener luego suegro.

Bien bien gritaron todos que se case,
que se case y salió otro luego
á la paletas.

Que no diga el barbero con

esos papeles el dicho, que yo ya me lo sé bien aprendido en la cabeza.

Devino Pascual Bailon
virgen y fraile y obispo,
que no me engañe la Juana
pa que se case con yo.

Bueno, bueno Alifonso; y se
presentó otro delante del Santo.

Gracias S. Pascual porque
segun dice Pedro Anton
han encontrado en el soto
al burro del rejidor.

Al oir estas palabras el rejidor que habia estado hasta entonces silencioso saltó detras de la peana gritando mi burro mi burro, y las gentes que creian que era el santo dieron á correr, y el rejidor iba detras de su burro y lo abrazaba y lo besaba, y el burro rebuzuaba, y en esto como ya se hacia de noche cada uno se fue por donde las supo y yo me diriji á la casa del pueblo donde se habia de representar el trovador.

B. J.



A CONSTANZA.

Deja vanos temores,
no tardes ¡oh Constanza!
que yá por el oriente
la aurora se adelanta.

Mira que el tiempo corre,
que la noche se pasa
y que tu tierno amante
impaciente te aguarda.

Mira que tenue brilla
la bóveda azulada;
se esconden las estrellas,
y nos saluda el aura.

Mira, sí, que las aves
de la verde enramada
avisan la venida
de la dulce mañana.

Mira que ya las sombras
de la noche callada
se estinguen en el cielo
y menos densas vagan.

Mira, en fin, los celajes
de purpurina grana
con que el cercano día
ya nos anuncia el alba.

No tardes ¡oh bien mio!
que para nuestras almas
el temer es inútil
y vana la tardanza.

Deja, Constanza bella,
las plumas regaladas
del solitario lecho
bañado con tus lágrimas.

Deja el acerbo llanto
y la triste plegaria,

el anhelo impaciente
y la aflicción amarga;
Y ven á ser dichosa
á mas feliz morada,
donde el amor te espera
y el contento te aguarda.

¿Qué te importa ese albergue
do yaces encerrada
sujeta á los tiranos
que tu virtud agravian?

¿Qué te importa su sombra
que ser debiera grata
al amoroso anhelo
de tu beldad temprana,

Si en vez de paz dichosa
que tu suerte aliviara
con inquietud funesta
y con rigor te trata?

¿Dudas? ¿temes? ¿acaso
la fé de tus palabras
desmentirla pudiera
tu timidez incauta?

¡Ah! no: que me has jurado
eterno amor, Constanza;
y no es falso tu labio
que me juró constancia.

Deja la incertidumbre:
mira que el tiempo pasa
y el venidero día
ya nos anuncia el alba.

Ese sensible llanto
que tus mejillas baña
tierno homenaje sea
á otras memorias gratas.

Pasaron ya los días
de tu feliz infancia
en que este dulce albergue
la dicha te brindaba.

Hora ven, ven, hermosa,
¡ah! ven y de mis ansias
justo galardón sea
tu beldad adorada.

¡Tiemblas! ¡lloras!... ¡suspiras santo como te ama.
 al seguirme, Constanza...! Ven ¡ay! ven al asilo
 ¡Oh cuan encantadora que el amor te prepara;
 con el dolor te hallas!- que el santo sacerdote
 Respira, sí, no temas, nos espera en las aras.
 que en su ardorosa llama
 te respeta mi pecho

J. Guillén Buzarán.

A LA MUERTE

DE LA SEÑORITA

DOÑA RAMONA L...

(REMITIDO.)

¡Un ataúd!! y encima una corona,
 Y enlazadas en ella varias flores
 Yacen allí... ¡la muerte á quien perdona!
 Yacen allí los restos de Ramona
 Virgen de amor que no ha gozado amores.

I.

Yo cual rosa en capullo la veía
 Con atombro crecer en hermosura,
 Y cual rosa, cual rosa prematura
 En una hora crecer vana y morir.
 Y á dó fue y á dó fue su alma tan bella?
 Era un angel que á vernos bajó al suelo,
 Y despues de un momento, subió al cielo
 Que es allí donde el alma va á vivir.
 ¡Ay! se fue, sí, se fué: no mas mis ojos
 Su hermosura verán, su talle airoso
 Su sonrisa, su aspecto cariñoso,
 Todo esconde ese fúnebre ataúd.

A Dios para siempre, á Dios, Ramona
Goza en paz de ese cielo que escogiste,
El vivir en la tierra, si, es tan triste....
Ilusion es no mas la juventud.

Y despues del momento de ilusiones,
Presurosa y seguida de mil penas
Llega horrible y nos echa sus cadenas
De dolor, de martirio la vejez.
! Pero tú ya no ecistes flor temprana,
Se agostó á lo mejor tu lozania!
! Mas que importa sí al fin te agoviaria
De los años la ingrata pesadez?

Un momento de vida mas, que vale?
Si al vivir acompañan mil dolores?
Tu estas libre de tantos sinsavores,
Tu ya gozas la gloria del Señor.
Y nosotros aquí, para que estamos?
Y nosotros aquí qué es lo que hacemos?
Sí vivimos, bien pronto moriremos
Apurada la copa del dolor.

II.

Mas luto que tu ataud,
Mas tristeza que tus flores,
Sin acordarme en amores,
Y sin pensar en vivir;
Mas luto que tú llevaba
Al seguirte yo angustiado
Hacia el sepulcro olvidado
Lecho de eterno dormir.

!Pobre joven! te decia,
Mientras yo te acompañaba
Al hoyo que el hombre cába

Para hacerse polvo en él:
Pobre rosa marchitada,
Pobre flor que arranca el viento,
Tu cadaver macilento
Camina á Santa Isabel. •

Tus restos preciosos cubre
Negra bayeta de duelo,
Yertos, frios como el hielo.
Pero animados ayer.

Que tristeza da el pensar
En nuestra vida ligera.
Ayer apenas uno era
Y hoy ..., hoy ya deja de ser!

(*) Cementerio.

III.

El sol á su ocaso ya casi tocaba....
 Tu cuerpo acababa de hacer su carrera:
 Jornada postrera, jornada temida
 Que se hace sin vida.

¡Llegaste al sepulcro!! También yo á tu lado
 Al sitio sagrado, llegue entristecido
 Y allí conmovido, hieldad malograda
 Te eché una mirada.

Empero mis ojos, tus labios de rosa
 No vieron hermosa. La triste mortaja
 La funebre caja, los viese impedían....
 ¡Tal vez sonreían!!

Vi solo las flores que encima caídas,
 Tenias rendidas cual muertas de pena:
 Ni esteril arena.... tambien frios, yertos,
 ¡Despojos de muertos!!!

G. A.

UN CUENTO**COMO MUCHOS.**

Era una noche de invierno, fría, oscura y tempestuosa, y á fuer de miliciano me llamaba la patria á cumplir con las obligaciones de tal, esto es, á velar al pie de los cañones y guardar la plaza de las intenciones del enemigo que nunca duerme.

Cabizbajo y pensativo me dirigía al punto destinado, revolviendo conmigo mismo mil ideas tétricas, profundas y sublimes, pues que mi corazón se complace de ordinario en tales pensamientos y la noche suministraba hasta materia en que cebarse la imaginación. Era noche terrible, romántica noche!!! Las pardas nubes lanzadas del nevoso Montcayo cruzaban la atmósfera con una rapidez increíble, formando mil figuras de horrible semblanza: tal vez semejaban ejércitos de bravos combatientes: tal vez al acercarse á la luna aparecían armados ginetes sobre blancos caballos amenazando estremo al orbe entero: de vez en

cuando pasaban con mayor rapidez otras nubes cenicientas y desgredadas, mas bajas que las primeras, y que mi acalorada fantasia las tomaba por las furias infernales con las crines desparcidas, y las funestas teas en las manos, ó bien se figuraba las hadas fatales que venian á anunciar alguna estraña catástrofe. La luna menguante alumbraba con lívida luz que tan presto se ocultaba como parecia, dejándose ver en este caso no cual esquivia y hermosa cazadora segun se la fingió la alegre imaginacion de los hombres en aquella edad dorada que ya pasó, sino cual vieja decrepita y regañona en este siglo de frios desengaños, de realidades, de horror. Entretanto el furioso aquilon mugía al través de los altos edificios aumentando el espanto de la noche: á su terrible embate crugían puertas y ventanas, y las elevadas torres de las góticas iglesias amagaban desplomarse y reducir á escombros la ciudad. Pero tal vez un negro nubarron preñado de asolador granizo tendíase por la celeste bóveda, su sombrío capaz robaba el débil resplandor de la amarillenta luna, los aquilones amainaban su furia, y á todo sucedia un silencio sepulcral.!!!

Embeebido en estas ideas, y oprimido el corazon en vista de tan funestos auspicios, llegó por fin al punto donde debia velar aquella noche que con tales síntomas se me presentaba. ¡Qué espectáculo tan grandioso se me ofreció en aquel parage! No hay allí góticos torreo-

nes ni morunas almenas: pero hay otro monumento mas respetable todavía: un antiguo y espeso murallón que formaba parte del segundo muro de la ciudad augusta, cuya fábrica asciende al tiempo en que el emperador Octaviano, domados los Celtiberos y Cántabros, gentes las mas bravas y las últimas que se rindieron al imperio romano, preparó la pacífica venida del Redentor. Si este precioso resto de la antigua Cesaraugusta no reconoce, segun algunos, un origen tan remoto, no puede dudarse al menos que fue fabricado en la época de los Césares inmediatos sucesores del triunfador Octaviano. Mas sea de esto lo que se quiera; lo cierto es que sobre la carecomida cabeza de aquel pardo murallón han pasado infinitos siglos, y él ha burlado la saña del tiempo y el embate de los elementos. El ha presenciado historias maravillosas, horribles catástrofes, acciones heroicas, guerras, ruinas de imperios; y en medio de la universal revolucion se ha mantenido firme contra el furor de sus enemigos, dando perene testimonio de las glorias con que se han coronado siempre los héroes de Zaragoza. ¡Qué recuerdos tan magníficos! ¡qué meditacion tan digna de los grandes espíritus! ¡qué escena tan propia de un romántico, y qué honor para un patriota descansar la cabeza sobre la muralla de los Césares!

Parado estuve un largo rato venerando en hondo silencio aquel monumento de gloria. Mas el aquilon

que por algunos momentos habia reprimido sus ímpetus, despejada la atmósfera principió á soplar de nuevo con tal bravura que fue preciso encerrarme en el pobre albergue que servia de cuerpo de guardia. Lo forma éste una pequeña estancia construida groseramente á espaldas del viejo murallon sobre las cuales descansa, capaz apenas de resguardar al que en ella se cobija, de las recias borrascas y furor de los vientos. Alumbraba este corto camaranchon una sucia lámpara colocada en un ángulo, desde donde dirigía su triste y moribunda luz, semejante en un todo á la que despiden las lámparas sepulcrales. Sobre las duras tablas descansaban mis compañeros de armas, en tanto que les guardaban el sueño los vigilantes guerreros que discurrían la muralla. Todo era silencio; no se oía otra voz que los *alertas* de los fieles centinelas, la cual sin embargo casi se perdía entre el recio mugir de los vientos que introduciéndose en las concavidades de los cañones formaban un sonido ronco, pero patético y misterioso como el graznido de los buhos ó el canto fatídico de las hadas. Mis insomnes pupilas registraron cuidadosamente todos los objetos que me rodeaban, confieso que me sobresalté algun tanto en fuerza de los fantasmas que turbaron mi frente; hasta que recobrada la serenidad, me senté, recliné mi mejilla sobre la mano derecha tocando la parte posterior de la cabeza en la muralla de los Césares. Vuelven á asaltar otra vez mi

imaginacion las mismas ideas que antes me habian ocupado, recorro con detencion cada una de las historias famosas de que aquella muralla daba testimonio: entre las brechas que las bombas de los galos le abrieron veía trozos desmoronados á los golpes de las ballestas y aríetes. Cansado de discurrir por la inmensidad de los tiempos, comenzó el sueño á ejercer su imperio sobre mí, mil sombras aéreas cruzaron por delante de mis turbios ojos, y se apoderó de mi pecho una funesta pesadilla...!

¿Qué de cosas soñé! ¿qué escenas tan grandiosas se presentaron á mi fantasía! ¿qué de veces me consideré trasladado á aquellos días de gloria, cuando la trompa guerrera guiaba á los paladines al combate, cuando celebraban sus victorias en suntuosos festines!... mas cuántas veces tambien vi en derredor mio ejércitos de guerreros que habiendo escalado los muros, me atravesaban con sus lanzas, que iban á apoderarse de la plaza y á entregar á las llamas la ciudad de los Césares que yo custodiaba! Tan presto me parecia ver al ejército de Quilaberto abatir las armas y de poner sus iras al contemplar el dolor del pueblo Zaragozano que en devota procesion llevaba la sagrada estola del invencible Levita, y que aquel piadoso rey, recibido un trozo de la preciada alhaja, se retiraba á París y la consagraba un soberbio templo que ahora existe bajo la advocacion de S. German. Ora me figuraba el famoso asedio que Carlo Magno puso á Zaragoza, y todas

aquellas celebres historias de los bravos paladines que consignadas en los romances, y leyendas adormecieron mi infancia: tal vez creia, cual otro D. Quijote, hallarme presente á la esposicion de las habilidades del Títteretero ó sea á la representacion de la libertad de Melisendra del poder del rey moro Marsilio, y que impaciente de ver el resultado ó desenlace de aquella historia, le decia al esplanador que no se metiese en dibujos (y no me hago cargo que yo me he metido en demasiados en esta especie de cuento). Sin ver el final de lo que refiero, mi imaginacion descendió algunos siglos y estuvo presente á la sorpresa de los moros, cuando despues de perder la ciudad quisieron recobrarla una noche y abrieron brecha, en la cual vi un resplandor que me animó, me hizo tomar la espada, arremetí á la canalla; luego quise proteger la fuga de Melisendra á quien ya iban al alcance los otros moros, y defendiéndome de unos y dando recios mandobles á los otros me despierto, veo ligeras sombras correr rápidamente cual plumas impelidas del viento al resplandor de la luna, véome desarmado, metí la mano en la faltriquera por ver si llevaba alguna arma, y... ¡oh! topo con no sé qué; lo cierto es que la retiré inmediatamente de pavorido: la sangre se me habia congelado!!!

Y ¿qué les parece á ustedes que dió motivo á mis tetricas y sublimes reflexiones? ¿que historias

eran las que yo revolvi, los caballos con quienes soñé, las defensas y combates que sostuve, las sombras aéreas que vi revolotear, los enemigos que escalaban los muros y me alanceaban; en fin que es lo que me motivó mi súbito estremecimiento al meter la mano en el bolsillo? Era los inmundos ratones que saliendo de sus guaridas, correteaban la pequeña estancia donde yo descansaba, y do se habian aposentado profanando sacrilegamente la muralla de los Césares!!!

TEATRO.

Hemos tenido el gusto de ver la lista de los individuos de la compañía cómica que deben actuar en el de esta Capital. Es sorprendente en verdad, habiéndose formado con tal premura, encontrar en ella dos directores de escena, dos segundos galanes, aunque... (y sea dicho entre nosotros) no hay tercer galán. A bien que no hace falta, porque los dramas modernos carecen de él. Hay tambien dos cuartas damas, dos características y... pásmense ustedes... tres damas jóvenes!!! Pero lo que sobre todo nos ha sorprendido mas y mas ha sido la esposicion de los bellos sentimientos que animan á su autor D. José Tormo, y de las dificultades que ha tenido que vencer. Dice así: *Si los actores que componen la actual compañía, no estuvieran persuadidos de la sensatez, que ha distingui-*

do siempre á los ilustrados espectadores de esta capital... (vaya una píldora dorada)... Tal vez no se hubieran atrevido á formar parte de ella;... (¿entienden ustedes esto?)... despues de tantos años que las Empresas y el Excmo. Ayuntamiento pudieron proporcionarle (á costa de muchos intereses)... (vaya esa colita)... actores de conocida nombradía, y notabilidades en todo sentido respetables... (¿Y por qué no este año? El Teatro de esta Capital iba á quedarse cerrado, y yo amante siempre de los aragoneses;... (trés-obligé)... y no pudiendo soportar la idea que se formaría... (¡que bien pintada!!!)... de la ilustracion Zaragozana, viendo cerrado su mas bello punto de reunion, su escuela práctica de costumbres, el verdadero termometro por donde los extranjeros pueden conocer nuestros progresos en la senda de la ilustracion y de la libertad formé el proyecto de evitar la horfandad que le amenazaba.... (¡gracias! gracia;.... siempre reconocidos á tanto favor....!)... y me presente en esa Capital á fines de la cuarta semana de Cuaresma. Mis amigos me animaron: el Excmo. Ayuntamiento me dispensó toda perfección, y me auxilió para emprender mi obra, colosal por la portentosidad del tiempo.

(¡Nadie la mueva

Que estar no pueda con Roldán á prueba.

Quince días han estado para regresar á la corte, formar la com-

pañía; y verla reunida en esta Capital... (!Como que ir, formarla y volver todo se ha hecho en diligencia!)... Mis actores no son notabilidades... (Que lastima!!!)... no son artistas de primer orden... Seran de segundo ó de tercero ¿qué? mas da? ...pero reunen á la circunstancia de haber actuado en las primeras Capitales de España... (Chupate esa)... las dos de las tres que se necesitan,... (que es decir que reunen la mayoría) ...para que un Teatro marche con decoro):... (Marchemos y yo el primero...!)... que son honradez y amor al arte; y en cuanto á la tercera, que es el merito;... (¿qué falta hace reuniendo las otras dos circunstancias? Maldita. además... no todos han de ser un Latorre... ¡que majaderia!!!)... si bien es cierto que el publico tiene derecho de exigirlo de todos los actores... (¿Que bobecia! tomará lo que le den; que para eso tiene él tambien el derecho de no acudir...). espero sin embargo que al juzgar á los que componen esta compañía, tendrá en consideracion... (! Pues no la ha tener...? ya se vé que la tendrá... Apuradamente es el publico mas condescendiente...!!)... la premura del tiempo y demas desventajas que han presidido á su formacion; como los deseos de proporcionarle lo mejor que han animado en esta ocasion;... (Ce que vous voudrez)... como en todas eu que ha tenido el honor de servirle. = JOSE TORNO.

T.